

CULTURA HISPANOAMERICANA

AÑO XIV

Madrid, Marzo-Junio de 1925

NÚMS. 142-145

SUMARIO. — **Centro de Cultura Hispanoamericana:** Debido homenaje a América. Descubrimiento de la lápida al sabio colombiano Caldas. — Discurso de Blanca de los Ríos. — Párrafos del discurso del señor ministro de Colombia. — Palabras del marqués de Magaz. — A Blanca de los Ríos. — Mensaje de gratitud de la colonia colombiana en Madrid. — El Congreso Cultural de Sevilla. — En la Universidad sevillana. — La Exposición Iberoamericana. — Necrología: Murió un gran español: El marqués de Comillas, por *Luis Patomo*. — El marqués de Comillas juzgado por un americano ilustre, por *Martin Rücker Sotomayor*, obispo de Mariamés. — Don Faustino Rodríguez San Pedro. — Conferencias en la Unión Iberoamericana. — Los doctores Reyes y Parodié Mantero. — Mr. Moore en Sevilla. — **Historia:** La Residencia de América en Sevilla — **Literatura:** Aguas fuertes madrileños. — Viejos rincones, por *Fernando de los Ríos G.*

Centro de Cultura Hispanoamericana

Debido homenaje a América

Descubrimiento de la lápida dedicada a la memoria del sabio colombiano Francisco José de Caldas

El día 14 de marzo de 1925 se celebró en el Palacio de la Biblioteca Nacional de Madrid, un acto solemnisimo dedicado a la memoria impercedera de un eminente americano, gloria de la raza hispánica, que fué presidido por Su Majestad el Rey don Alfonso XIII, acompañado del presidente interino del Directorio militar, señor marqués de Magaz, y del señor don Javier García de Leániz, digno subsecretario del ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, organizador de tan merecido homenaje.

La numerosa y distinguida concurrencia, estaba compuesta de los representantes diplomáticos y consulares de las Repúblicas hispanoamericanas y por los más distinguidos hombres de ciencia; académicos, catedráticos, escritores, ingenieros, profesores, etc.; todo lo más distinguido y autorizado de la intelectualidad española, distinguiéndose singularmente doña Blanca de los Ríos, feliz iniciadora del acto, como directora de la cultísima revista «Raza Española», y en representación del Centro de Cultura Hispanoamericana, que dió lectura al notabilísimo discurso, con cuya publicación honramos este número.

El ilustre ministro de Colombia, don Guillermo Camacho Carrizosa, pronunció un notable discurso, del que insertamos algunos de sus brillantes párrafos, lamentando el que no nos sea posible, por la falta de espacio, publicarlo íntegramente.

Descubierta por el Rey la lápida, en cuyo bajorrelieve de bronce Jacinto Higuera ha simbolizado con acierto feliz el desagravio de la Madre Patria al hijo inmortal a quien honrábamos, Su Majestad el Rey se dignó conceder la palabra a la insigne escritora.

Discurso de Blanca de los Ríos

Señor:

El acto a que asistimos, dentro de su austera sencillez—tan española—, es por su alteza moral digno de España, capital del romanticismo caballeresco y Patria de la hidalguía, que no en vano tiene por símbolo de raza a «Don Quijote», el magnífico paladín del ideal.

Venimos a ver trasladado por la mano del Arte al bronce de la Historia, el Real decreto de 12 de octubre último, documento ejemplar en que la firma de un Rey, representativo si los hubo del más noble de los pueblos, dió fuerza de ley a la generosa aspiración de un mucr-

to inmortal para con otro de los muertos que no mueren. Menéndez y Pelayo escribió que España debía un monumento expiatorio a la memoria del sabio neogranadino Francisco José de Caldas, dolorosamente sacrificado por el mal entendido celo de un mandatario a quien nuestra Patria confió la pacificación de aquellas provincias ultramarinas, y don Alfonso XIII, al convertir en hecho la magnánima aspiración del más grande de los españoles contemporáneos, mediante ese decreto Real que pudiera encuadrarse con el Romancero, ejemplario de nuestra hidalguía, ha dado por nulo cuanto pudo separarnos no ya de Colombia, de toda nuestra América española, las violencias, las incomprensiones de los días de luchas civiles o más bien de contiendas fraternales; porque lo que nos separó fué lo contingente, lo momentáneo, el drama de familia, el tirón doloroso, el desgarramiento de todas las emancipaciones, y lo que nos une es lo indestructible, lo eternamente vivo: el amor, el espíritu, la fe, la lengua, la cultura.

Y al ver cumplida por orden del Rey la voluntad de aquel gran polígrafo y gran patriota, que al integrar en su mente a la España mayor supo hacernos sentir a los españoles de aquende y de allende el Atlántico el hondo latido étnico de un alma colectiva, del alma que alienta en los cien millones de hispanos que al hablar nuestra lengua animan de nuestro espíritu tanto como nosotros mismos, ya que una lengua es el órgano vivo, el verbo de la espiritualidad indivisible de una raza; al ver hoy alzarse junto a la estatua de aquel gran español la lápida que consagra la memoria de un sabio que recibió de España con la herencia de la sangre y del espíritu el legado excelso del saber, una evocación ineludible se levanta del fondo de nuestra conciencia, la evocación de las dos insólitas supremacías que España ostenta ante la Historia: la de Madre y la de educadora de una raza.

Y en verdad que esa evocación, que es la afirmación

victoriosa de nuestra magna personalidad hispana como nación y como estirpe, se nos impone como santo deber de patriotismo a cuantos nos gloriamos de españoles, no sólo ahora en que una tendenciosa campaña de falsas informaciones y una sucia ola de calumnias pretenden enlodar la santa faz de España, sino siempre, mientras corra de los labios de la impostura a los infinitos oídos de la ignorancia la ya desacreditada leyenda negra que se sobrevive con la recia vida del error; mientras subsista uno solo de los indignantes prejuicios históricos explotados por la envidia de los que no pueden perdonarnos el doble, irritante privilegio de haber completado la tierra y haber creado una raza.

Y sabido es que los detractores de España no nos disputan la gloria de haber descubierto, en unión de los portugueses, las tres cuartas partes del mundo, no los portugueses, las tres cuartas partes del mundo, no nos la disputan porque no se puede negar la luz del sol; no nos disputan la conquista de América, porque de nuestra gloria de conquistadores extraen la leyenda de nuestra crueldad; pero lo que no se resuelven a concedernos, lo que dan por nulo y nunca existido, es nuestra obra cultural en América y todo el valor científico de nuestros descubrimientos y de nuestra colonización.

Como antes habían dado por nulas y no existidas todas las aportaciones de España a la educación del mundo desde los días en que despuntó el arte ibero ya con el sello propio que ostenta la «Dama de Elche»; desde los días en que dimos Emperadores a Roma, y dominamos por nuestros filósofos y poetas a la Señora del Mundo; desde los días en que con nuestro Prudencio nació la Poesía cristiana en Europa; desde los días en que nuestro San Isidoro salvó en su Enciclopedia el tesoro de la erudición latina; desde los días en que dictamos el Fuego Juzgo, y nació en nuestros Concilios la representación parlamentaria, hasta los días en que recogimos y nos

asimilamos la doble cultura árabe y hebraica y las difundimos entre los otros pueblos europeos, hasta los días en que, como dijo don Juan Valera, «el primer capítulo de la filosofía y de la ciencia modernas le llenan los españoles». «Antes de que vinieran—dice don Juan—Copérnico, Galileo, Kpler y Newton a magnificar teóricamente el concepto de la creación, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta misión histórica tocó a españoles y portugueses.» Y todavía hicimos más: transmitimos nuestra sangre, nuestra fe, nuestra cultura y el soplo creador y educador de nuestro Arte, que chorreaba vida y espiritualidad, a las gentes de las tierras por nosotros descubiertas. ¡Y aún se atrevió Guizot a sostener que la historia de la civilización podía escribirse prescindiendo de España! Pero pasado el tiempo en que fuimos los españoles auxiliares pacatos e inconscientes de nuestros envidiosos detractores, nos importa afirmar, o más bien, vulgarizar la afirmación, de que no sólo por derecho de heroísmo, por la sobrehumana hazaña de Colón y de sus compañeros, fué España descubridora, conquistadora y civilizadora de América, sino que fué todas estas cosas porque por destino providencial estaba capacitada, preparada y dotada, como no lo estaba ninguna otra nación del mundo para cumplir tan altas misiones.

Lo estaba militar, social y políticamente, pese a las bravatas de Chateaubriand, de Leroy Beaulieu y La Renaudiére, porque, como dijo Gil Gelpí: «ninguna de las naciones de la Europa de aquel tiempo, ni juntas ni separadas, hubieran tenido los elementos necesarios para realizar tan grande empresa»; lo estaba moral y jurídicamente porque sólo España, la Patria de los grandes teólogos y juristas, de los Victorias, Sotos y Suárez, hubiese dado a los pueblos nuevos leyes como las insuperables leyes de Indias; lo estaba religiosamente, evangélicamente, porque ninguna otra nación del mundo al-

canzó a colonizar sin odio de razas, más aún, a abrazarse amorosamente a los pueblos aborígenes hasta crear una familia humana: nuestra raza española, a la cual es delito de lesa patria y de lesa historia llamar raza latina.

Y lo estaba científicamente porque es indiscutible que «al realizar el descubrimiento del Nuevo Mundo, España se hallaba, por lo menos, al nivel de la nación más adelantada en las ciencias de la navegación», como ha dicho el ilustre don Jerónimo Bécker, recordando la riquísima cartografía isidoriana, singularmente los mapas que acompañaban al comentario de San Beato al Apocalipsis; los trabajos geográficos de don Alonso el sabio, justamente reputado como padre de la Astronomía en Europa, y la asombrosa labor de la escuela catauano-mallorquina que produjo hombres como Ferrer, como los anónimos autores de la Carta Catalana de 1375, como Guillermo Solesio, como Cresques, el joven; como Viladestés y como Gabriel Valseca (1). Y el mismo historiador demuestra que ni los alemanes pueden recabar el título de precursores de Colón, «ni la ciencia náutica portuguesa es original», sino «obra de la astronomía peninsular y provenzal», como dice Bensaude, el cual afirma que «en Astronomía el papel de España es único» (2).

Y si es indubitable verdad histórica que España estaba científicamente preparada para el descubrimiento del Nuevo Mundo, no es menos verdad que nuestra Patria sacó de su descubrimiento, de todos sus portentosos descubrimientos geográficos, las más fecundas enseñanzas científicas. Ahí está para demostrarlo la legión benemérita de nuestros cartógrafos de la Casa de Contratación y del Consejo de Indias; nombres como los de Juan de la Cosa, Andrés de Morales, Juan Díaz de Solís, Nuño García

(1) *La política española en Indias*, Madrid, 1920.

(2) *Idem id.*, pág. 446.

Torreño, Alonso de Chaves, etc.; figuras científicas como la de Alonso de Santa Cruz, el que trazó las primeras cartas esféricas, el autor del «Islario general del mundo», Martín Cortés, que en su «Breve compendio de la Sphera» adivinaba ya la existencia del polo magnético; Andrés de Morales, iniciador de la teoría de las corrientes pelágicas; el P. Acosta, tenido como fundador de la física del globo; Andrés García de Céspedes, autor del «Islario general», primer Atlas de América. Ahí está en el siglo XVI la expedición de Francisco Hernández a Nueva España, tan fructuosa para la botánica. Y no ha de olvidarse que, como dice Juderías, «los primeros que descubrieron las fórmulas modernas de la fundición de metales fueron españoles y lo hicieron en América... y los primeros que dieron a conocer las riquezas naturales de los pueblos recién descubiertos fueron españoles y se llamaron Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, López de Gómara, Francisco Hernández, etc.». Españoles eran también los misioneros que viviendo aquella gran historia la escribieron en páginas que, como las de Torquemada, Sahagún, Motolinla y Aguado, forman la base de la historia de América; españoles y misioneros los que recogieron de los labios de los aborígenes todo el tesoro de las lenguas americanas; ahí están para acreditarlos Fr. Juan de Zumárraga, arzobispo de Méjico, haciendo imprimir en 1539 una «Doctrina» en lengua castellana y mejicana; Fr. Andrés de Olmos, autor de una «Gramática de lengua nahualt», 1547; Fr. Luis de Villalpando, autor de un «Arte y Vocabulario de la lengua maya»; Fr. Francisco Marroquín y su «Gramática y Vocabulario de la lengua quichua».

Y esto acontecía cuando en nuestra Península los estudios lingüísticos llegaron a singular florecimiento merced a Nebrija, al Brocense, Barrientos, etc., cuando se publicaron estudios y gramáticas de las lenguas hebraicas, árabe y caldea; en los días de Arias Montano y de

la «Biblia políglota»; en los días en que se estudiaban en España las lenguas más peregrinas: el abisinio, el copto, el etíope, el sánscrito, el chino, el japonés, tres siglos antes de que Europa se interesara por el Japón. Esto acontecía en el siglo en que Felipe II creó en Valladolid «un verdadero museo de ciencias y artes de la época, como no lo tenía ninguna nación de Europa» (1); en los días en que el naturalista Laguna fundó en Aranjuez el primer jardín botánico que existió en Europa; en los días en que la Medicina logró entre nosotros singular apogeo, y en que enriquecimos las ciencias médicas con tan numerosas substancias, de las cuales la quina salvó más vidas que todas las otras medicinas juntas; en el siglo en que floreció nuestra Mística, manifestación portentosa y sin ejemplo en los fastos de la espiritualidad humana, y en que del seno de la Mística surgió nuestro grande Arte nacional (Teatro, Novela, Pintura), pleno de vida y de salud; aquel arte cuyo poder educador se ejerce todavía, o cada vez más en el mundo, y se ejerció tan fructuosamente en América desde los días mismos de la Conquista, que ya en los hijos de los conquistadores ardía con luz propia, como en el inca Garcilaso, tan gran prosista, ¡en nuestro siglo XVI!; como en el mejicano Alarcón, que al comenzar el XVII se hombreaba con los padres de nuestro Teatro; como en la arquitectura colonial mejicana, donde se fundieron y estallaron en explosión magnífica el barroquismo sevillano, el atavismo azteca y la fantasía criolla. «No hay país alguno—ha dicho el historiador de nuestra arquitectura — que pueda presentar como título glorioso de colonizador otro parecido al que la Madre de naciones dejó en el país que amorosamente llamó Nueva España.» Y si aquella arquitectura—«el arte que más y mejor refleja el estado social de un pueblo»—es el más elocuente testimonio de nuestra obra en el

(1) Juderías: *La leyenda negra*, pág. 135.

Nuevo Mundo, el más fiel e irrecusable testigo de ella es el barón de Humboldt, llevado providencialmente a recorrer nuestra América a los fines de nuestro imperio colonial, como para que sorprendiera en plena vida, en plena actividad a la España nueva creada por la vieja, con el Océano de por medio y teniendo que transportar toda una civilización en barcos tamaños como lanchas; y Humboldt, con mano temblorosa por la admiración, trazó el rápido inventario de aquella obra sin ejemplo, en páginas que son ante la Historia el más veraz, autorizado y concluyente de los testimonios de la acción cultural y educadora de España en América. No cabe aquí ni la más rauda síntesis de aquel inventario glorioso; baste decir que con la magna acción misionera y colonizadora de los siglos XVI y XVII se empalmó la fecunda labor de las expediciones científicas del XVIII. De ellas dice Humboldt: «Ningún Gobierno europeo ha sacrificado sumas más considerables que el español para fomentar el conocimiento de los vegetales. Tres expediciones botánicas, a saber: las del Perú, Nueva Granada y Nueva España, dirigidas por los señores Ruiz y Pavón, don José Celestino Mutis y los señores Sessé y Mociño, costaron al Estado como unos 400.000 pesos...»

De estas expediciones científicas, la más célebre y fecunda fué la de Mutis a Nueva Granada (hoy Colombia). Mutis, hombre de muchas almas, como nuestros próceres del Renacimiento, médico, botánico, astrónomo, mineralogista, catedrático de Medicina del virreinato, jefe de la expedición botánica que hizo célebre su nombre, al ejercer tan alta función científica creó también el órgano, fué el educador de los diez y ocho exploradores que le siguieron: Caldas, Zea, Valenzuela, Sinforoso Mutis, Landete, Diego García, Salvador Rizo, etc.; alma ferviente y amadora de Dios en los prodigios y secretos milagrosos de la Naturaleza, abrazó el sacerdocio en Bogotá, y fué canónigo de aquella iglesia metropolitana; alma de

caridad, realizó numerosas obras de higiene y de salud, como el establecimiento de los cementerios y la profilaxis de la viruela; llevó a la práctica las propiedades curativas de las plantas por él estudiadas, singularmente de la quina, cuyas diversas especies determinó y cuyas virtudes medicinales fué el primero en conocer plenamente, y consagró treinta años de su vida a su magna obra de la «Flora de Bogotá», que debía llenar trece enormes volúmenes ilustrados por más de seis mil magníficas láminas admiradas por Humboldt.

Pero Mutis no fué sólo un sabio, un polígrafo, fué un generoso maestro, un educador, un apóstol, un conductor de hombres, un amable amigo, un consejero venerable y venerado de todos los neogranadinos de su época; fué, ¡démole su verdadero nombre!, el fundador de toda una cultura y la raíz de una gran nacionalidad, porque aquella legión de geógrafos, botánicos, astrónomos, médicos, matemáticos, pintores, industriales que Mutis suscitó y, sobre todo, aquel grupo inmortal de discípulos que Mutis plasmó entre sus manos, dos veces consagradas, de sacerdote y de sabio, fueron los padres de Colombia.

Así nació Colombia del seno de España, que le dió tres veces su vida: por la sangre, por el amo y por la ciencia.

Por eso España no pudo conscientemente firmar la sentencia de muerte de Caldas, porque Caldas era el mejor testimonio de la más grande de sus obras.

Caldas, que ayudó a Mutis a organizar el Observatorio astronómico de Bogotá; Caldas, cuya intuición científica era tan maravillosa que, falto de instrumentos para sus observaciones, se los construyó él mismo, con gran admiración de Humboldt; Caldas, que en plena juventud había realizado los trabajos portentosos que él mismo refiere en su informe presentado al Gobierno: el acopio de un herbario riquísimo, «el material necesario para formar la carta geográfica del virreinato, los necesarios para

la botánica, para la zoografía, los perfiles de los Andes, la altura geométrica de las montañas más célebres... un número prodigioso de observaciones meteorológicas, dos volúmenes de observaciones astronómicas y magnéticas...», etc., etc.; Caldas, que en su célebre «Semana-rio» salvó del olvido gran parte de la obra de Mutis, que yace inédita en nuestro Jardín Botánico, de Madrid; Caldas, fundador del periodismo científico en su Patria y uno de los prosistas clásicos de Colombia, era el ejemplo vivo y eterno de la nunca igualada obra de España como madre y educadora de pueblos.

En ese bronce que desagravia e inmortaliza entre nosotros la memoria del egregio discípulo de Mutis honramos a la augusta Colombia, hija dilecta y digna de tan gran Madre y honramos a España, creadora y maestra de naciones.

La culta, brillantísima disertación de la genial escritora fué encomiásticamente aplaudida.

Párrafos del discurso del excelentísimo señor don Guillermo Camacho Carrizosa, ministro de Colombia en España

«La colocación de esta lápida, que ha modelado con exquisito sentimiento la mano de un artista, no es un acto de mero protocolo ni una forma anodina de cortesía internacional. Esta lápida conmemorativa, que no puedo contemplar sin emoción y que rima en este paraje silencioso, donde se alberga el pensamiento del pasado, con la estatua de Menéndez y Pelayo, tiene una significación más noble y más profunda; es una elocuente afirmación y un desagravio: la afirmación de una raza; el desagravio a una gloria legítima de América.

La guerra, que es por definición inexorable y que se rige por métodos de bronce, induce a errores que llevan muchas veces en su seno el fecundo germen de las grandes justicias y de las definitivas reparaciones de la His-

toria. Y yo, como representante de Colombia, en esta fecha inolvidable para mi patriotismo, vacilo al escoger entre la grandeza del martirio y la nobleza de la reparación, pues el desagravio a que asistimos—nota egregia—es, por la gallardía de sentimientos que lo inspiran, una página del Romancero.

En esta ceremonia, que ha venido a solemnizar con su presencia Su Majestad don Alfonso XIII, Rey caballero y perspicuo hombre de Estado, Rey que siente, como gran español, los ideales de su raza, y que cumple, como gran patriota, los augustos deberes de su cargo; en esta ceremonia surge, por invencible sugestión, un comentario, España no ha sido nunca indiferente ante el destino de la América española. Ni ¿cómo podría serlo? En la reciente lucha de pueblos contra pueblos, que tanto ha perturbado el equilibrio del mundo, ya vimos cómo se establece una solidaridad siempre instintiva entre los hombres que proceden de la misma sangre y que se comunican en una misma lengua. España debe, pues, considerarse poseedora de un depósito sagrado de esperanzas y de tradiciones, que está obligada a conservar inextinguible y a fomentar como suprema razón de su existencia; es un espléndido patrimonio espiritual que penetra en el subsuelo del pasado y que lanza al cielo del futuro su flecha victoriosa.

Como en aquella fábula en que vuestro esclarecido comediógrafo teje sobre un fondo aparentemente frívolo un desenlace profundamente humano, son los hijos, «Los cachorros», quienes reconcilian a sus ascendientes; ellos transforman su cólera inflamada en armonía, y fraternizan, y se funden para emprender, ya unidos, la peregrinación del porvenir.»

* * *

«Caldas, cuya memoria aquí reivindicamos, representa, dentro de las naturales fronteras de su tiempo, un valor científico absoluto; director del «Semanao de Nueva

Granada» y del Observatorio Astronómico de Bogotá, que fué el primero que se fundó en América; geodesta, astrónomo y botánico, Caldas tuvo, según la autorizada y enérgica expresión de Menéndez y Pelayo, «genio de invención». No es, acaso, este el momento de hacer un detenido comentario sobre las dimensiones de su obra; diré sencillamente que en su correspondencia epistolar, en sus Memorias sobre la Geografía del Virreinato y sobre «el influjo del clima en los seres organizados», escritas—no conviene olvidarlo—mucho antes de Lamarck, de Darwin y de Taine, Caldas afirmó cualidades descollantes de pensador original y de escritor de frase pulcra y clara como alcohol rectificado. Y es que la inteligencia humana—para expresarlo con palabras de Renán—«es un conjunto tan armónico en sus partes, que todo gran espíritu es un buen escritor siempre».

Pero si el comentario científico rebasaría los límites, forzosamente estrechos, de esta breve alocución, no es inoportuno hacer notar la influencia bienhechora de quienes se consagran a extender el dominio de los hombres sobre la naturaleza, haciendo más útil, más fácil y más justa la convivencia humana.

La ciencia que descubre los íntimos secretos de la vida y que sorprende las leyes inmutables de la mecánica celeste, es algo más que un pasatiempo de los sabios; de la ciencia se derivan fuerzas nuevas que alivian el esfuerzo de los hombres, nuevos conocimientos que mitigan su dolor, nuevas fórmulas que emancipan el trabajo de los débiles y que redimen la condición precaria de los desheredados. Y en este sentido los sabios son, como los héroes o como los estadistas, redentores de pueblos y propulsores del derecho.» (Fué muy aplaudido.)

Palabras del marqués de Magaz

El ilustre marqués de Magaz, presidente interino del Directorio militar, a quien en tan gran parte se debe la

realización del homenaje a Caldas, puso término a tan solemne acto, cuya austera grandeza profanaría la vulgaridad de los adjetivos, con unas memorables palabras que lamentamos no poder reproducir textualmente.

Expresó el marqués en breves y elocuentes frases la satisfacción del Gobierno ante esta solemnidad, de tan alta significación y trascendencia en las relaciones, cada vez más cordiales y más íntimas, entre España y la América hispana.

Elogió la constante labor que realiza doña Blanca de los Ríos desde la Dirección de «Raza Española», con sus iniciativas en pro de la unión entre los pueblos hispano-americanos y la madre Patria. Enalteció la magnanimidad del Rey al disponer y cooperar fervorosamente a este homenaje de amor a la noble Colombia y de desagravio al gran Caldas, y terminó diciendo que creía llevar la voz de España al afirmar que nuestra Patria anhela unirse en apretado haz con los pueblos de la América española para constituir con ellos lo que somos por la Historia y por la Raza: la más gloriosa familia de naciones.

A Blanca de los Ríos

Mensaje de gratitud de la colonia colombiana de Madrid a la excelentísima señora doña Blanca de los Ríos de Lampérez, gloria de las letras españolas y entusiasta promotora del homenaje al sabio neogranadino Francisco José de Caldas.

Señora:

Como sois fuerte por la fe, el amor, la inteligencia, sois magnánima, y en vuestro pecho hallan fervor las causas nobles. Por eso vuestro corazón, inflamado de amor de Patria, abarca la española América, que soñáis libre y poderosa, sin doleros del inevitable desgarrón,

Vuestra clarividencia os dice que ahora, autónoma, canta mejor América el himno triunfal a vuestra España, creadora de naciones libres.

El Destino ha querido que seáis vos, señora, prototipo de virtudes hispanas, la elegida para elevar la voz del llamamiento que hicisteis con ardor, alcanzando de vuestra Patria el homenaje que invocó el maestro Menéndez y Pelayo para la memoria del sabio neogranadino Francisco José de Caldas. España, la siempre excelsa, respondió noblemente, generosamente, reparando un error que jamás podría achacarse a la nación hidalga. España, encarnada en su Rey caballero, refrendó con la firma augusta el amante desagravio.

Ya, cuando a los niños colombianos se les refiera en las escuelas el fusilamiento de aquel varón insigne, se les dirá también que sólo fueron culpables unos hombres ruines, esbirros de cualquier tierra, pero que España execra la injusticia y honra en un bronce al mártir como a uno de los suyos, pues suyo es Caldas, lo mismo que son nuestros Cervantes y la Santa Doctora.

Y es a vos, señora, a quien deben España y América este nuevo beso de reconciliación trascendental. La inspirada sensibilidad del gran artista Higuera supo plasmar en bronce la emoción que vibra en esta bella idea; Caldas, dolorido, recibe el ósculo maternal de España, que le acoge amorosa y tierna.

Habéis cumplido misión laudable pidiendo a España el abnegado heroísmo de la reparación, que en vez de humillar encumbra más su nombre inmarcesible. Así son las sublimes ejecutorias del venerable blasón hispano.

Loada seáis, señora, eternamente por vuestra acción preclara, colmada de enseñanzas. Arrancásteis la espina de un pecho amigo que así ha de amaros más. Cubrís de flores el altar de las nupcias fecundas que serán nuestra gloria.

Colombia entera os debe gratitud inmensa, y nos-

otros, hijos suyos, que nos honramos con nuestra ascendencia española y nuestra nacionalidad colombiana, os presentamos nuestro rendido agradecimiento, perdurable y ferviente.—*W. Mac Lellan*, ex encargado de Negocios y cónsul general de Colombia en Madrid.—*José de la Vega*.—*Isabel Vargas de la Vega*.—*Soledad Riaño*, viuda de Galbreis.—*Hortensia Suárez de Vargas*, descendiente de Mutis.—*Mercedes Gaibrois de Ballesteros*.—*Dr. Jorge Vargas Suárez*, descendiente de José Celestino Mutis.—*H. Echeverry*.—*Domingo Moreno Otero*.—*J. Angueyra*.—*Corina Salazar de Angueyra*.—*Salustiano R. de las Alas*.—*J. A. González Salazar*.—*N. de las Alas*.—*Eva Vélez de Arjona*. — *Manuel Castelló*, representante del «Mundo al Día». — *R. Gómez Campuzano*. — *Manuel Jaramillo Estrada*. *Lucía C. de López*. — *Ernestina Cala Phillips*.—*Enrique López R.*—*Delia C. de Moreno*.—*Salomón Poveda*.—*Manuel Bolívar Ordóñez*.—*Inés de Francisco*.—*Gabriel Sáinz T.*—*Benjamín Monroy Ocampo*.—*Francisco Bernal*.—*Antonio M. Venegas*.—*Alfonso Naranjo*.—*Octavio Restrepo*.—*J. M. Mosegny Urdaneta*.—*Luis Zapata García*.—*Efraim Martínez*.

El Congreso Cultural de Sevilla

Durante los meses de marzo, abril y mayo, el Centro de Cultura Hispanoamericana consagró su actividad, principalmente, a los trabajos y estudios de preparación de las ponencias y dictámenes que han de servir de base fundamental de discusión en el futuro Congreso que ha de celebrarse en Sevilla a la vez que la convocada Exposición Iberoamericana.

En las reuniones celebradas en Madrid se estudió detenidamente la ponencia formulada por el presidente, relativa a los actos complementarios del Congreso y a la organización de las excursiones a los principales lugares

colombinos, acordándose que se solicitara una información detallada sobre tan interesante extremo de la Comisaría Regia del Turismo Español y del Comité Ejecutivo que organiza la Exposición, para proceder de completo acuerdo con dichas entidades, y que tan interesantes actos para los turistas americanos se preparen en la forma más conveniente y práctica, y de ese modo alcanzar el éxito apetecido.

El presidente comunicó las gratisimas impresiones que había recibido en sus viajes a Sevilla y Burgos, donde se celebraron importantes reuniones y conferencias en la Comisaría Regia de la Exposición, en la Universidad de Sevilla, en el Archivo de Indias y en el despacho del presidente del Comité y honorable alcalde de la capital andaluza, evidenciándose en las entrevistas celebradas el laudable propósito y el entusiasmo que a todos anima para alcanzar el brillantísimo resultado que tan justificadamente se espera del gran Certamen Iberoamericano, que sin duda alguna ha de contribuir a la más completa afirmación en los intereses, en las aspiraciones y en los sentimientos de los países de origen hispánico.

En la Universidad sevillana

Convocada por el ilustre rector don Feliciano Candau, se celebraron en el pasado mes de abril interesantes reuniones con la asistencia de los decanos de todas las Facultades, catedráticos, profesores de las Escuelas Industrial y de Artes y Oficios Artísticos, representaciones de la Academia de Bellas Artes y de Buenas Letras, jefe del Archivo de Indias, director del Centro de Estudios Americanistas, presidente del Centro de Cultura Hispanoamericana, representantes de la Prensa y de otras Instituciones culturales.

El señor Candau expresó detalladamente el objeto de

la reunión y el decidido propósito de la Universidad sevillana de contribuir con la mayor actividad y entusiasmo a la preparación y organización del importantísimo Congreso Cultural que se celebrará en Sevilla en el año de 1927, y al que han de concurrir las representaciones universitarias y culturales de América, Portugal y España.

El señor Palomo, delegado del ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, hizo una extensa información de todos los trabajos, estudios y ponencias llevados a cabo por el Centro de Cultura Hispanoamericana y de los que se preparan en las numerosas Instituciones docentes de las Repúblicas americanas, que con verdadero interés laboran en sus iniciativas y dictámenes que han de ofrecer al convocado Certamen.

Fueron designadas las Comisiones que han de informar sobre los distintos temas culturales, artísticos y jurídicos, a las que serán entregadas todas las ponencias que se han recibido, para que ordenadamente puedan ser remitidas a las distintas Secciones en que el Congreso ha de constituirse, para que con tiempo suficiente sean estudiadas.

El señor presidente, en nombre del Centro de Cultura, ofreció enviar a la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras la colección numerosísima que de los monumentos artísticos y de importantísimas obras de arte que en Pintura y Escultura ha obtenido dicho Centro en los escondidos pueblos de Castilla, donde muchas de ellas permanecen ignoradas por encontrarse apartados esos lugares de las vías de comunicación, y que han sido visitados por las Comisiones designadas, para que tan interesantes manifestaciones artísticas puedan ser conocidas y apreciadas en su extraordinario valor histórico, de la cultura española.

La Exposición Iberoamericana

Durante su permanencia en la capital andaluza, el presidente del Centro de Cultura Hispanoamericana celebró importantes conferencias con el presidente del Comité de la Exposición Iberoamericana, el digno alcalde de Sevilla, don Agustín Vázquez Armero, y con el comisario regio, señor conde de Colombí, en las que les informó detalladamente de los estudios, trabajos y actos interesantes realizados por el Centro de Cultura, tanto en la Península como en América, relacionados con la Exposición y con el Congreso Cultural Hispanoamericano, próximos a celebrarse, encontrando en tan respetables autoridades, no sólo su asentimiento y aplauso, sino que también la más entusiasta cooperación.

Puede afirmarse que los trabajos de emplazamiento y construcción de los palacios y edificios de la Exposición sevillana que corresponden a España se encuentran cerca de su terminación, y por su belleza artística y su ejecución admirable constituyen ya, para gloria sevillana, un grupo de monumentos de arte, que, sin duda alguna, inmortalizarán el nombre del genial arquitecto don Aníbal González y Alvarez Osorio, que los ha proyectado y dirigido.

En lo que respecta a los ideales patrióticos, los fines a que aspira el Certamen sevillano han sido interpretados de admirable manera, respondiendo a la historia gloriosa del pueblo español y a la influencia geográfica que tan legítimamente ha alcanzado en la civilización de todos los pueblos de la tierra, pues todos conviven fundidos espiritualmente en el crisol hispánico, que conserva los gérmenes inextinguibles de la raza: nuestra lengua, nuestras creencias y nuestras costumbres. Por estas circunstancias, la obra imperecedera del Certamen sevillano afirmará de manera útil y provechosa la cordialidad de relaciones entre los pueblos hispánicos, que fundamentan su existencia en análogos ideales y sentimientos.

Necrología

El marqués de Comillas

Murió un gran español

España y América han sufrido una nueva desgracia: el insigne marqués de Comillas, uno de los patriotas más excelsos y que mejores servicios prestara a su país, ha fallecido. Nunca como ahora podrá decirse justificadamente que la España de los dos lados del inmenso Océano Atlántico está de luto.

Nobilísimo espíritu, don Claudio López Brú dió siempre su mano generosa a todo impulso humanitario y patriótico, donde quiera que se iniciará; desde las altas esferas de la sociedad, en que tenía su solio, hasta el seno de las clases más desvalidas. Fué ejemplo palpable de hombre bueno, laborioso e inteligentísimo; decidido servidor de España en cuanto necesitase, llegando en los momentos críticos de desdicha nacional a los mayores sacrificios.

Su incansable actividad se aplicó singularmente al impulso, progreso y desarrollo de la industria nacional; y es indudable que a fecundas iniciativas suyas debe España el adelanto económico alcanzado, ya que sus poderosos medios y su inmensa autoridad moral siempre prestaron su cooperación valiosísima cuando la Patria la necesitaba, encontrando dispuesta en todo instante su voluntad firmísima a ser útil a la nación, lo mismo en el orden social y económico, como en el cultural y benéfico.

Protector constante de todas las iniciativas que pudieran redundar en beneficio de su país, llevó su concurso decidido y los grandes elementos de que disponía a las instituciones culturales, docentes y de beneficencia, tanto en España como en América, otorgándoles su apoyo y protección generosa, hasta el extremo de que en muchas ocasiones, calladamente, sin aparato alguno de exterioridad,

salvó la situación crítica de importantes Corporaciones agobiadas por dificultades económicas, facilitando su desenvolvimiento hasta que pudieron alcanzar sus fines patrióticos y la prosperidad de que hoy disfrutan.

Justo es decirlo después de muerto aquel filántropo insuperable.

El Centro de Cultura Hispanoamericana, en sesión necrológica, celebrada solemnemente, acordó consignar en acta el testimonio del profundo pesar que todos los individuos que integran esta institución americanista sienten ante la pérdida irreparable de tan gran español.

Luis PALOMO

* * *

Por acuerdo del Consejo de Administración de la Compañía Trasatlántica Española, la presidencia del mismo, vacante por el fallecimiento del inolvidable patricio señor marqués de Comillas, será desempeñada desde ahora por su ilustre sobrino, don Juan Antonio Güell, conde de Güell, su heredero y sucesor también en el marquesado de Comillas.

Persona competentísima y muy bien enterada de la organización admirable de tan poderosa Empresa naval, estamos seguros que el nuevo marqués continuará con el mayor acierto la labor admirable de su ilustre tío, ya que le sucede al frente de la más importante Compañía de navegación de España, «que sigue presidiendo» el marqués de Comillas actual, que será continuador de la obra de aquél, que con tanto honor enalteció a su Patria. Así lo esperamos y anhelamos.

La Prensa americana dedica el merecido elogio al egregio patricio fallecido, y para que pueda conocerse y apreciarse cómo se juzga al marqués de Comillas en aquellos países hermanos, reproducimos a continuación un notable artículo, publicado en Santiago de Chile, debido a la correcta pluma del cultísimo doctor don Martín Rücker y

Sotomayor, obispo de Mariamés, honorable miembro del Centro de Cultura Hispánicoamericana, donde tantas veces nos prestó su valioso concurso en inolvidables conferencias y en las conversaciones culturales que tanto nos enseñaron y de las que conservamos inextinguible recuerdo y gratitud.

El marqués de Comillas juzgado por un americano ilustre

UNA VIDA EJEMPLAR

Ha bajado a la tumba, después de haber desempeñado una misión hermosísima, el excelentísimo marqués de Comillas, uno de los hombres más completos y admirables de la España contemporánea.

No es posible encuadrar dentro del marco de un artículo de Prensa la vasta figura histórica, social, industrial y religiosa del ilustre marqués de Comillas. Fué la suya una existencia que corresponde de lleno al concepto que tenemos de lo que debe ser el ideal de la raza ibérica.

Fué notable en el sentido perfecto de la palabra. Fomentó de un modo eficaz toda empresa que significara progreso. Su egregio padre, don Antonio López, tuvo la parte más activa en la formación de la Compañía Transatlántica Española. Entregó a su hijo una Empresa ya hecha, pero que tenía vasto camino que recorrer para llegar a la altura que España había menester. En manos del segundo marqués de Comillas, la Transatlántica ha llegado a ser una de las más grandes Compañías navieras del mundo. Posee en la actualidad más de sesenta vapores, que pasean por todos los mares el glorioso pabellón español. Las líneas de Filipinas, Japón, Nueva York, La

Habana, Veracruz, Buenos Aires y Valparaíso nos están probando el empuje que supo imprimir a la Transatlántica el distinguido prócer, objeto de estas líneas.

Otro campo de actividad ocupó también al marqués de Comillas: fué la grande Empresa minera de la región asturiana, que, como se sabe, proporciona buena parte de carbón que produce España. La industria carbonífera ha sido una magnífica fuente de entradas para la madre Patria. Gracias a la actividad del marqués de Comillas, la obra dirigida y sostenida por él se puso desde años atrás a la cabeza de la industria que abunda en aquella activa zona.

No hay una institución industrial mejor organizada que aquella a la cual nos referimos. En ella jamás explotó ninguna huelga, ni hubo descontento de ninguna clase. Es una vastísima colmena de trabajo en la que patronos y obreros viven unidos en fraternal y sincera amistad. El marqués, para mejorar la situación de los trabajadores, agregaba de su fortuna privada un sobresueldo que llegaba a medio millón de pesetas al año.

No hubo Sociedad mercantil de importancia en la que no tomara parte este noble varón. La industria del aceite, de la agricultura, de los astilleros, de la electricidad, todo encontró en el marqués de Comillas la persona más abierta para tratar cuanto negocio significara adelanto y progreso.

Los asuntos sociales le merecieron esmerada y prolija atención. Buena parte de su actividad la dedicó a la solución de estos problemas, que, con tanta razón, preocupan a toda mente pensadora.

La generosidad del marqués de Comillas se expandió por toda España. Aún recordamos el majestuoso edificio que regaló a la Acción Social Popular de Barcelona, ubicado en la calle del Bruch. El conocido padre Paláu, durante varios años dirigió aquella obra, la cual tuvo tantos puntos de contacto con el célebre «Volkverein» de Mün-

chen Gladbach, y que fué el comienzo más sólido de la acción social en la activa ciudad condal.

La Acción Social Popular encontró en el marqués de Comillas un protector decidido. Su fortuna estuvo siempre a la disposición de aquella amplia institución, eminentemente democrática.

La elevación de la cultura y la propagación de la enseñanza popular fueron también actividades que supo desarrollar con grande éxito este hombre extraordinario.

Sembró el suelo español de escuelas y él fué el generoso Mecenas que hizo brotar el Seminario de Comillas, que es uno de los establecimientos de formación eclesiástica más admirables que tienen la Compañía de Jesús. Es Universidad Pontificia, en la cual los candidatos cursan todos los estudios de ciencias sagradas hasta llegar a obtener la láurea doctoral en Filosofía, Teología y Sagrada Teología, y a obtener la láurea doctoral en Filosofía, Teología y Sagrada Teología.

El Seminario de Comillas es obra del marqués, que siempre supo proteger con mano larga y generosa.

En nuestras correrías por la preciosa montaña de Santander, llegamos hasta Comillas. Allí pudimos admirar la obra colosal realizada por el marqués, en la cual invirtió muchos millones de pesetas, en bien de la Iglesia. La Universidad de Comillas es un establecimiento perfecto, en el cual todo es admirable: edificios, templo, instrucción, situación topográfica, medio ambiente.

Como católico fervoroso, siempre vivió unido a Roma. Promovió célebres peregrinaciones a la Ciudad Eterna, en las que hizo lujo de desprendimiento. Consiguió llevar a los pies del Santo Padre no sólo a la aristocracia española, sino, de un modo especial, a los hijos del trabajo— que en gran número llegaron hasta las gradas del trono pontificio y recibieron del Vicario de Cristo palabras de aliento, de amor y de esperanza.

El marqués de Comillas tuvo también refinado gusto artístico: promovió las artes de un modo vigoroso y es-

pléndido. Quien haya visitado su maravilloso palacio en Comillas, se habrá convencido de que su dueño no habría podido hacer lo que allí realizó, si en él no hubieran existido la chispa del genio y el calor de la vida del arte. El museo de aquel palacio es una colección completa de objetos desde los tiempos prehistóricos hasta los actuales, en la cual la pintura, la escultura, la cerámica, los tallados y las piedras más hermosas aparecen en perfecto orden y clasificación. Las diferentes escuelas de pintura se encuentran allí ricamente representadas, como también los trabajos de escultura y de tallado, desde el siglo XII hasta el XVI.

Para nosotros tiene el marqués de Comillas otro aspecto que lo hace profundamente simpático: fué un entusiasta hispanoamericanista. Acaso nadie como el marqués ha comprendido mejor cuán convenientes son para España y la América española mantener relaciones de íntima amistad. A ese deseo se debe el que él estableciera varias líneas de vapores entre España y América, a pesar de que algunas le han dejado fuertes pérdidas. Creyó el marqués que sin el mutuo cambio comercial no se podían cimentar los profundos afectos entre la vieja madre y las jóvenes hijas.

Razón sobrada tuvo la ciudad de Cádiz al levantarle a su insigne protector el magnífico monumento que adorna la Alameda de Apodaca, y estampar en el mármol el voto de que España y América colocaran una corona sobre la frente del notable hispanoamericanista, que, merced a su trabajo y sacrificio, tantas victorias ha conseguido en la realización de la suspirada unión.

Pero más que todo lo dicho, el nuevo título que lo hace meritisimo ante la consideración del alma creyente: fué un hombre santo. Vivió durante su no corta vida íntimamente unido a Dios. En todas las obras que emprendió procuró estampar un sello indeleble de religiosidad y de amor fraterno. Su oración no cesó sino junto con su

vida. La caridad que ejerció tomó proporciones que parecen increíbles. Su cuantiosa fortuna estuvo siempre pronta para emplearla en la causa del bien y en el alivio del pobre y del desvalido. Millones y millones pasaron por esas manos que nunca se cansaron de hacer el bien. Por eso, su muerte fué edificante: sabemos que la muerte es el eco de la vida. Vestido con la sotana de Jesuíta, sin una corona que adornara su féretro, fué llevado a la tumba en medio del llanto de prelados, de sacerdotes, de nobles, de pobres, de España entera.

¡Que haya muchos que imiten el notable ejemplo del inolvidable y sin igual marqués de Comillas! Si para todos es un dolor ver desaparecer del escenario de la vida a un hombre como el marqués de Comillas, ese dolor acrece en el alma de todos los que pudimos experimentar personalmente las bondades de aquel gran español y gran cristiano que ha dejado en pos de sí rastros de luminosa y espléndida luz!

† **Martín Rücker Sotomayor.**

Obispo de Mariamés.

Santiago de Chile, abril 1925.

Don Faustino Rodríguez San Pedro

El Centro de Cultura Hispanoamericana consagró una sesión solemne a la memoria del que fué ilustre presidente de la Unión Iberoamericana cerca de treinta años, y que con acierto extraordinario fomentó poderosísimamente durante toda su vida las relaciones de penetración de intereses y de cordialidad entre España y los países de origen hispánico.

El presidente del Centro de Cultura Hispanoamericana expuso en sentidas palabras la necrología de tan insigne americanista y los hechos más culminantes de su fructífera labor de acercamiento y confraternidad entre

los pueblos de la misma raza, procurando que los vínculos inextinguibles de la lengua, de las creencias y de las costumbres se afirmaran poderosamente y se manifiesten de un modo evidente en el día de la Fiesta de la Raza todos los años, en la fecha precisamente del descubrimiento de América por Colón: el 12 de octubre; que por una feliz iniciativa personalísima del señor Rodríguez San Pedro, acordó la patriótica Asociación que presidía, y que fué aceptada con entusiasmo por todas las naciones del Continente americano con ardoroso entusiasmo, proclamándolo día de la fiesta nacional, que en todos los pueblos americanos y en España viene celebrándose invariablemente con verdadero júbilo, que sirve de estímulo y eficaz instrumento de comunicación espiritual que ha hecho resurgir en aquellos países el amor a la madre Patria.

Por su talento, laboriosidad y singulares aptitudes directoras y administrativas se distinguió notablemente en todos los elevados puestos que desempeñó, principalmente en la Alcaldía de Madrid y en los ministerios de Instrucción pública y Estado, en los que dejó grabada su labor acertadísima, y en las presidencias del Consejo de Instrucción pública y de la Real Academia de Jurisprudencia.

Como insigne jurisconsulto y financiero competentísimo su figura relevante pasará a la Historia, y el Centro de Cultura Hispanoamericana le consagró el homenaje de respeto y alta consideración de que justificadamente es acreedor tan eminente hombre público.

Se dió lectura de un notable artículo biográfico del distinguido escritor don Andrés Pando, publicado en la «Ilustración Española y Americana», y del cultísimo trabajo publicado en la revista de la «Unión Iberoamericana», del insigne académico señor marqués de Figueroa, dignísimo presidente actual de dicha prestigiosa Institución, que sucedió en tan honroso puesto al señor Rodríguez San Pedro.

Sentimos que la falta de espacio no nos permita insertar íntegramente tan interesantes y autorizados documentos históricos y literarios, que recomendamos a nuestros lectores, ya que muchos de ellos leen la culta revista «Unión Iberoamericana», que los ha publicado.

Conferencias en la Unión Iberoamericana

Los doctores Reyes y Parodié Mantero

La intensa labor de hispanoamericanismo realizada por el Centro de Cultura ha sido completada este año con la importantísima intervención de eminentes intelectuales americanos, distinguiéndose, como siempre, entre ellos, en primer término, con su colaboración, nuestro queridísimo y admirado compañero el ilustre catedrático de Derecho Político de la Universidad Central de Méjico, excelentísimo señor don Rodolfo Reyes, prestigioso ex ministro de Justicia de su hermoso país, que desde hace muchos años nos presta con fervoroso entusiasmo su insuperable y agradecido concurso en la obra de confraternidad que con tanta fe y perseverancia practicamos, en el afán de que se afirmen nuestros amados ideales.

El cultísimo doctor Reyes pronunció una notabilísima conferencia, en nombre del Centro de Cultura, en la Unión Iberoamericana, el día 22 de abril, sobre el interesantísimo tema «El valor del «Hombre» en América», dedicada a la cultísima Asociación que preside el ilustre marqués de Figueroa, verdadero prestigio americanista, que constantemente trabaja con suma eficacia por la intimidad hispánica. La conferencia del insigne profesor mejicano fué admirable, como todo lo suyo; resultó un cultísimo estudio jurídico-social, en el que desarrolló su tesis prodigiosamente, entusiasmado al selecto y numeroso auditorio.

Recogido taquigráficamente su discurso, nos proponíamos publicarlo íntegro en este número de CULTURA HISPANOAMERICANA; pero el poco espacio de que disponemos no nos permite insertarlo hasta el número inmediato, en que honrará nuestras páginas, y así podrán saborear nuestros queridos amigos de América la lectura instructiva y provechosa de la conferencia de un hombre superior, que nació para maestro privilegiado de la ciencia jurídica.

Conferencia del doctor Parodié Mantero

El día 28 de febrero último honró la tribuna de la Unión Iberoamericana el culto profesor y abogado argentino don Alfredo Parodié Mantero, digno secretario del Ateneo Hispanoamericano de Buenos Aires, pronunciando una notable conferencia sobre el tema importantísimo «Labor de acercamiento realizada por el Ateneo de Buenos Aires, y organización del futuro Congreso de confraternidad iberoamericana».

Presentado por don Luis Palomo, el distinguido y cultísimo profesor Parodié Mantero pronunció un discurso interesantísimo, cuyas cuartillas taquigráficas no han llegado a nuestras manos hasta hace muy pocos días, y las publicaremos muy gustosos en el próximo número de esta revista, que no quiere privar a sus numerosos lectores del conocimiento y verdadera cultura de tan importante disertación, que mereció el aplauso de la concurrencia, y quedará en los anales de nuestro Centro como recuerdo imperecedero.

Mr. Moore en Sevilla

Con motivo de la inauguración de la Residencia de América en la capital de Andalucía y del descubrimiento de la lápida conmemorativa dedicada al famoso literato Washington Irving, fué a Sevilla el ilustrado embajador de los Estados Unidos, Mr. Moore, que fué agasajado es.

pléndidamente, así como sus numerosos acompañantes, por las autoridades sevillanas y por el Comité de la Exposición Iberoamericana, haciéndose patente la gratitud de Sevilla por haber acordado concurrir la poderosa República del Norte al importantísimo Certamen.

Entre los agasajos dedicados al embajador americano tuvo lugar un lucido banquete en el pabellón Real de la Plaza de América, en el que fueron pronunciados elocuentes brindis, que demuestran la cordialidad y mutua simpatía que se ha llegado a alcanzar en los momentos actuales en las relaciones políticas, sociales y espirituales entre la gran República y España.

Para demostrarlo, reproducimos a continuación los elocuentes y sustanciosos brindis pronunciados por el alcalde de Sevilla, don Agustín Vázquez Armero, y por mister Moore.

El señor Vázquez Armero dedicó su brindis a la República Norteamericana, y en breve síntesis dijo lo siguiente:

«Los actos que con fervoroso entusiasmo ha celebrado Sevilla en homenaje de honor al embajador de los Estados Unidos y de sus amables acompañantes, quedan terminados con este agasajo organizado por el Comité de la Exposición e integrado por representaciones de Sevilla entera, y por ello puedo afirmarlo al ufanarme de hablar en nombre de nuestra querida ciudad. Este acto tiene dos significaciones: una, de tributo al embajador, y otra, de gratitud al Presidente de la gran República y a su Gobierno, que en los jardines del parque sevillano construirá un soberbio palacio. Saludo en esta ocasión a la egregia mujer americana, tan dignamente representada en este acto por la distinguida esposa de Mr. Morris, y que de modo insuperable ha llegado a enaltecer la cultura y la influencia social en el gran pueblo norteamericano y en el mundo entero.

Expresó su gratitud a todo el brillante Cuerpo Con-

sular americano de Sevilla, que constantemente colaboró y apoyó las gestiones del Comité de la Exposición.

Y terminó con las siguientes palabras, dirigiéndose a Mr. Moore:

«En nombre de Sevilla y en el del Comité de la Exposición, que tengo el honor de presidir, os ofrezco este homenaje y os ruego, señor embajador, expreséis a vuestro Gobierno nuestro respetuoso saludo y nuestra mayor gratitud.»

Acto seguido se ejecutó por la orquesta el Himno americano, que escucharon levantados todos los concurrentes. la Embajada:

A continuación Mr. Moore pronunció, en inglés, el siguiente brindis, traducido a viva voz por el intérprete de la Embajada:

«Hablo muy mal el español, y ni aun en inglés tengo palabras para expresar mi agradecimiento. Amo a España y a los españoles, y desde el Rey hasta el último ciudadano me han dado muestras de cariño para el país que represento.

Creo que el pueblo americano se siente más unido a España que a ningún pueblo del mundo. Nunca olvidaremos que si no hubiera sido por los Reyes Católicos, acaso no se hubiese descubierto el continente americano. Si no hubiera sido por Colón y por los Reyes Católicos, quizás no estaría yo aquí representando a mi país. Por ello los ciudadanos norteamericanos consideran a España como si fuera su madre. La sólida amistad que existe hoy entre los dos países evitará para lo futuro cualquier trastorno. Nos satisface el ser participantes en la Exposición Iberoamericana, y más aún el que España haya escogido a Sevilla, la romántica ciudad de las flores, como sede del Certamen que estrechará aún más los lazos, no sólo entre España y los Estados Unidos, sino entre España y toda la América.

Washington Irving inició el período de relaciones cor-

diales que existen ahora, y yo me daré por muy satisfecho si consigo continuar la patriótica obra iniciada por aquél.

Terminó diciendo que en todo momento, y cualquiera que sean las circunstancias, tendrá siempre en su corazón un lugar muy ancho para amar a España y a los españoles.»

Se dieron vivas a España y al Rey, que fueron coreados y contestados con otros a América, y la banda municipal tocó el Himno americano y la Marcha Real española, escuchados de pie por todos.

Historia

La Residencia de América en Sevilla

El culto y activísimo comisario regio del Turismo ha realizado con acierto extraordinario una obra eficacísima, que viene a aumentar las muchas llevadas a cabo por el marqués de la Vega Inclán para fomento de la cultura española y aproximación e intimidad en nuestras relaciones con las Repúblicas hispanoamericanas.

El día 15 de junio, a las doce de la mañana, tuvo lugar el solemne acto de la inauguración de la Residencia de América en Sevilla, en una artística y sevillanísima casa del barrio de Santa Cruz, reconstituída y decorada en estilo clásico andaluz, bajo la dirección muy competente del ilustré comisario del Turismo, que, convencido de que en Sevilla era indispensable un hogar donde todos los americanos puedan acudir, atraídos por las singulares bellezas de la ciudad, a su propia casa, para en ella estudiar y meditar sobre su origen, sus tradiciones, su abolengo y su historia, tuvo la feliz iniciativa de crear la Casa de América sevillana, que, sin duda alguna, dará a España y a América beneficio y recreo práctico y fecundo.

Fué descubierta en el acto de la inauguración una magnífica lápida dedicada al famoso escritor yanqui Washington Irving, ejecutada por el genial escultor Mariano Benlliure, de estilo clásico del Renacimiento, en la que se ha colocado artísticamente el retrato del inspirado autor de los «Cuentos de la Alhambra».

El pintoresco callejón del Agua, donde la Residencia americana se encuentra, estaba todo adornado con ban-

deras españolas y de las Repúblicas americanas, exornadas con preciosas guirnaldas de flores. Concurrieron todas las autoridades sevillanas, el infante don Carlos, en representación del Rey; el embajador de los Estados Unidos y numerosa representación de la Universidad, las Academias, el Comité de la Exposición Iberoamericana, los cónsules de todas las Repúblicas hermanas y muchos artistas, escritores y el pueblo sevillano, tan entusiasta como inteligente.

En el solemne acto se pronunciaron importantes discursos, algunos de los cuales insertamos a continuación, por considerarlos de verdadero interés histórico; el primero correspondió al comisario regio del Turismo en España.

Discurso del marqués de la Vega Inclán

«Quince años han transcurrido desde que Su Majestad el Rey, de cuyo acendrado y perseverante entusiasmo por España cristalizan en Sevilla eficacísimas pruebas, me confió sus órdenes para realizar la obra social y humanitaria del Real Patronato de Casas baratas, que da enseñanza y albergue a más de quinientas criaturas, y la creación de esos jardines que han surgido de esa maravillosa tierra, no menos generosa que el impulso del Soberano, sin que haya cesado el estímulo del Rey para toda obra que a Sevilla se refiera desde hace muchos años, y hasta no ha muchas semanas que, confundido con los obreros en esta Casa, que visitó detenidamente, con verdadero entusiasmo prodigó palabras de elogio a este admirable artista popular, el obrero sevillano.

De esta obra impulsora del Rey de España, ampliamente os informan las copiosas ediciones del libro que

uno de los más eminentes escritores sevillanos dedica al barrio de Santa Cruz.

Sólo con carácter provisional, y hasta tanto que se demuestre su eficacia, por el grato deber que me impone mi amor a Sevilla, inicio personalmente y sin colaboración material alguna, oficial ni particular, el ensayo de la primera Residencia de América, en tanto que el Gobierno resuelve la concesión de las solicitadas, no para Sevilla, que ya está, sino para otras ciudades de arte.

Mientras merezca la asistencia cordial de los sevillanos y se evidencie la eficacia de esta iniciativa ante los extranjeros que han de frecuentarla, modestamente, sin pretensión alguna, se abren las puertas de esta Casa, que será la Casa del viajero y la Casa de Sevilla, en tanto que no se encuentre algo mejor y más adecuado, para que el turista, en este delicado y grato ambiente, disfrute de los encantos maravillosos de la capital andaluza, en este barrio de Santa Cruz, cuyo nombre debe perdurar mientras Sevilla sea Sevilla. Y en cuanto a lo que pueda ser la Residencia, pues hoy sólo la enseño como un punto de partida, el tiempo y la colaboración de todos los hombres de buena voluntad podrán desenvolver lo que ahora tenéis ante la vista, para que lo juzguéis y estiméis con lo que os dicte vuestro entusiasmo, vuestro cariño o vuestra benevolencia.

Frases esculpidas por un inspirado vate sevillano en el acto cultural que ayer se celebró en el Museo, el señor Muñoz San Román, explican, mejor que yo pudiera hacerlo, la personalidad de Washington Irving, al cual España debe recuerdo de gratitud y cariño por la obra que dedicó a nuestra Historia, a nuestro Arte y a nuestras tradiciones patrias.

Nadie mejor que el eminente hombre y gran estadista americano que hoy honra este acto, apreciará el legítimo recuerdo que España dedica al que cantó y ensalzó sus glorias, y Sevilla, en la persona de su ilustre alcalde,

descubrirá la lápida que el talento del gran Benlliure os brinda, y ha sabido esculpir, y recogerá, sobre todo, el impulso que, por modesto que sea, ofrece esta Casa, que ojalá se desenvuelva y acreciente en la medida del entusiasmo con que se ha hecho.

Y si dentro del alcance de mis fuerzas hoy rindo leve cumplimiento a cometidos que se me confiaron, como vocal del Comité de una Exposición que tantos y tan trascendentales beneficios ha de reportar a Sevilla, siempre seguiré a las órdenes de los que en ella intervengan y la presidan, a los que además me considero unido por vínculos de afecto y de estimación.

Y lo que es y será para mí siempre deuda imborrable de gratitud, es la que me envanezco en manifestar públicamente ante V. A., de una lejana fecha en que piadosamente rindió su homenaje, depositando en su última morada las cenizas de un ilustre soldado y un gran patriota. Gracias, señor, por lo que entonces hizo por mi padre, y por la merced que generosamente regala hoy a su hijo.»

Seguidamente el alcalde, señor Vázquez Armero, invitado por el señor marqués de la Vega Inclán, describió la cortina de damasco rojo que cubría la lápida, apareciendo ésta ante la admiración de la gente.

El alcalde leyó a continuación el siguiente discurso, que fué también muy aplaudido:

Discurso del alcalde

«Alteza real:

Señores:

He trasladado mis modestas ideas al papel, porque las palabras que voy a expresar no quiero que sean de puro formulismo.

Al terminar este acto, dedicado a la memoria de Washington Irving, son palabras que brindo al señor

embajador de los Estados Unidos del Norte de América, para que las haga conocer a su país, como testimonio de los sentimientos de un pueblo hacia la Nación que representa.

Es el primero de gratitud. Sevilla no puede olvidar que en la primera mitad del siglo XIX, cuando los escritores de otras naciones que habían viajado por nuestra Patria, publicaban multitud de libros en los que con su exaltada imaginación pintaban una España tétrica y misteriosa, enemiga del progreso e incapaz de figurar entre los pueblos cultos, algunos escritores norteamericanos que recorrieron la Península y dedicaron atención especial a sus archivos, hicieron justicia a la Historia de España y desvirtuaron las falsas acusaciones contra nuestras costumbres y nuestro modo de ser.

Entre éstos, ocupó lugar principalísimo Washington Irving, el que al cruzar por nuestra Patria, en el año 1828, le encantaron las costumbres francas y hospitalarias de sus habitantes.

Washington Irving, que escribió en el primer capítulo de «Los cuentos de la Alhambra»: «Desde que he visto al español en su Patria, comprendo mejor su orgullo, su frugalidad, su templanza, su entereza en la desgracia y el desprecio que siente por los refinamientos de la vida muelle y afeminada.»

Señor embajador, decid en vuestra Patria que por todas aquellas voces de franca amistad y justicia pronunciadas por los norteamericanos, Sevilla siente gratitud profunda; que nosotros hemos agradecido el amor y respeto que Washington Irving rindió a España al escribir la crónica de «La conquista de Granada», «La vida y los viajes de Colón» y «Los viajes y los descubrimientos de los compañeros de éste», y que finalmente hemos experimentado gran satisfacción cuando hemos visto que a la invitación que os ha hecho Sevilla para que concurráis a un Certamen en el que ha de reivindicarse su historia y

la de toda España, habéis respondido, generosos, y tenéis el propósito de ofrendarle el fruto de esa generosidad.

Sevilla os ofrece la ocasión de poder adquirir una preparación espléndida para comprender la historia de nuestra querida Patria en esta Residencia que dedica a la memoria de Wáshington Irwing.

Junto a ella podéis contemplar el Alcázar, que os recordará la bravura de un pueblo que sabe pelear hasta conseguir ver a su Patria libre de enemigos; la Plaza de Doña Elvira repetirá los primeros ecos de una literatura dramática; en el silencio de la noche la sombra de Murillo, cuyos restos acaso reposen en una próxima plaza, os evocará un arte maravilloso, cuyas manifestaciones son la admiración del mundo entero; el inmenso espíritu de caridad que anima el corazón de este pueblo, el cual sabe perdonar a pecadoras como la Susana, hasta llevarla a los claustros de sus conventos, y sabe corregir sus vicios, como Mañara, para dedicarse en cuerpo y alma a la asistencia de los pobres y de los enfermos.

Estos son los caracteres del pueblo español, y especialmente del sevillano; con ellos conquistó, colonizó y comerció con América, realizando allí la mejor de las obras humanas.

Sean mis últimas palabras en honor del ilustre prócer señor marqués de la Vega Inclán, que ideó esta Residencia y organizó este homenaje a Wáshington Irwing. El Ayuntamiento de Sevilla se adhiere a él, como testimonio de gratitud al que supo defender a España cuando tantos la ofendían.»

A continuación, el embajador de los Estados Unidos, Mr. Moore, dió lectura a las siguientes cuartillas, escritas en inglés, y que fueron traducidas a viva voz por el secretario general de la Embajad^a.

Discurso de Mr. Moore

«Tengo un gran placer y alto honor en encontrarme aquí hoy, con ocasión de la dedicatoria de esta magnífica lápida a la memoria de un gran ciudadano americano que fué uno de mis predecesores como enviado de mi país a la romántica España.

Siempre ha tenido España en los corazones de los hombres de mi Patria un lugar preferente, quienes no han podido olvidar que una Reina española empeñó sus joyas para que la Lámpara de la Civilización pudiera colocarse en nuestras orillas. Cada año—sí, cada día—las relaciones entre nuestros países son más y más estrechas, y así es como debe ser.

Son ustedes dichosos con un maravilloso Rey, así como lo es mi país con un admirable Presidente. El mundo no conoce a ninguno de ellos como debiera conocerlos. Yo admiro y respeto a vuestro Rey, no sólo porque es Rey, sino porque es un patriota y un amigo de toda la Humanidad. Amo y admiro a España porque sus gentes son siempre atentas y consideradas, y porque han sido especialmente amables para mí y para todos los norteamericanos que han visitado sus lugares.

No sería justo a mi país, y a ustedes no les gustaría o no me creerían, si dijera que admiro a España y a los españoles más que a mi propia Patria y a mis gentes; pero sé que ustedes me creerán cuando diga que siempre consideraré a España como mi segundo hogar.

Mi Patria es un gran país, y le amo porque sé que nuestras gentes son rectas y justas y están siempre gustosas de extender la mano de amistad y ayudar a cualquier país del mundo que lo merezca.

Tenemos al frente de nuestra nación a un gran hombre, un gran Presidente, y si puedo parafrasear una cita-ción, puedo decir que lo es para la paz de la tierra y buena voluntad a todas las naciones. No tiene temor para ser justo a toda la Humanidad.

Sé que el pueblo de los Estados Unidos apreciará el honor que en este día habéis conferido a uno de sus grandes ciudadanos, y tengo la seguridad de que desean que en su nombre exprese las más sinceras gracias.»

Al terminar la lectura de las cuartillas, el embajador escuchó muchos aplausos.

Por último, el infante don Carlos leyó una cuartilla, que dice así:

«Es para mí gran honor y satisfacción ostentar la representación de Su Majestad en este acto, en el que, al honrar la memoria de Washington Irving, gloria de las letras de la gran República americana, y admirador amante de nuestra querida Patria, cumplimos un deber de gratitud y de justicia, y se nos presenta nueva ocasión de estrechar los lazos de unión y amistad con el pueblo de los Estados Unidos, al que en nombre de Su Majestad y en el mío propio saludo muy sinceramente, rogando al señor embajador sea intérprete de estos sentimientos cerca de su Gobierno y de su país.»

Una salva de aplausos acogió las últimas frases del infante, al que estrechó la mano Mr. Moore, dándose por terminado el acto, que resultó lucidísimo.

Los invitados a la inauguración de la Residencia de América, y especialmente los americanos llegados a Sevilla, se trasladaron a la Casa de América, que recorrieron minuciosamente, pronunciándose discursos en inglés por distintas personalidades americanas.

Seguidamente se inició el desfile, que fué brillantísimo, felicitando todos muy efusivamente al gran patriota y admirador insuperable de Sevilla, el marqués de la Vega Inclán.

Lo que es la Residencia

En el corazón del barrio, donde aún parece vivir todo el espíritu legendario de la ciudad, entre calles morunas,

estrechas, de gran sugestión y enorme poder evocativo, en el clásico callejón del Agua, tan cantado por nuestros poetas, el buen gusto artístico del marqués de la Vega Inclán ha situado la Residencia de América en Sevilla, y cuyo acto inaugural ha revestido, por la calidad de las personas que han concurrido a él, solemnidad inusitada.

América necesita en Sevilla una casa propia, un hogar, donde todos los americanos que acudan, bien a estudiar sus orígenes, bien tan sólo atraídos por las singulares bellezas de la ciudad, lo consideren tan suyo, que dentro de sus paredes se hallen como dentro de su propio país.

La Residencia, iniciativa generosa y altruista que señala el camino a seguir para llegar a la definitiva constitución de La Casa de América, tal y como ésta debe ser en la sede europea del americanismo, es hoy tan sólo un modesto ensayo, un esfuerzo de voluntad, para que los días no pasen sin que la labor se haga, y lo que comienza siendo la obra personal de una inteligencia activa y laboriosa, pase a ser, con la colaboración oficial americana, el organismo intelectual que desarrolle la labor de compenetración e inteligencia amistosa de ambos países.

La planta baja

Pasada la cancela, de clásico y sevillanísimo sabor, se ofrece a la contemplación del visitante un bellissimo patio, lleno de luminosidad y encanto, cerrado a lo largo por dos jardines, y en medio de ellos una fuente; en uno de los extremos del patio hay un pozo y en el otro una fuente, de artístico tazón de mármol.

A ambos lados hay amplias habitaciones. Las del ala izquierda, cómodas, confortables, están destinadas a oficinas de los numerosos servicios que tendrá la Residencia: oficinas de turismo, oficinas para todos los servicios bancarios, de comunicaciones y otros servicios menores, indispensables en toda Residencia.

El ala derecha consta de una sola habitación. Amplísima, cómoda, de marcadísimo sabor conventual. Una cancelilla la pone en comunicación con el jardín. Todo en ella invita a la quietud y al recogimiento. Bancos de abo-lengo castellano pegados a las paredes. En el centro una mesa de San Antonio, y sobre ésta las ediciones de la Comisaría Regia del Turismo. El suelo es de sencillo ladrillo rojo y las paredes blancas, sin otros adornos que unas grandes fotografías, sin retocar, reproducciones de los más célebres cuadros.

Planta destinada en su totalidad a los servicios propios de la Residencia, que llena todas las exigencias propias de ésta.

Piso principal

Al subir al principal por la escalera del ala derecha, llega el visitante en primer lugar a una magnífica galería, admirable de perspectiva, dispuesta con el mejor buen gusto y que acredita el temperamento intelectual que ha dirigido la instalación.

Esta galería, sin barandal por la parte que da al jardín durante el verano y que en invierno llevará un cierre de cristal, puede servir de salón de música, descanso, lectura o «boureau».

Por el lado del jardín se han colocado unos silloncitos bajos y cómodos, de estilo español antiguo, y unas mesas plegables, bajas y pequeñas, que dan singular aspecto a la galería. Los sillones están forrados de damasco amarillo.

En la pared frontera, valiosas fotografías de los mejores cuadros que se guardan en el Museo del Prado, elegidos éstos con el mejor acierto, hablarán constantemente a los visitantes de la Residencia de la gran riqueza pictórica del primer Museo de España.

Completan la instalación unos estantes repletos de ob-

jetos de cerámica, en su gran parte sevillanos, y varios talavereños.

Todos ellos son curiosísimos, de singular gusto y muchos de mérito y valor, entre ellos una vacía hecha en La Cartuja, única en su clase, y de la cual sólo se conserva este modelo.

Dos amplísimas terrazas, la de la fachada, con soberbias vistas a los jardines y huerta del Alcázar, y la trasera, con otros jardines particulares, comunican el ala derecha con la izquierda. Esta contiene las mismas habitaciones que la planta baja, y están destinadas a servicios complementarios de la Residencia.

La biblioteca y otras dependencias

Lo más interesante de toda la Residencia son las instalaciones del piso segundo, y de éstas, la biblioteca de la Residencia, instalada en el ala derecha.

Comprende la biblioteca dos magníficos salones, cuyos muebles, tapizados de damasco rojo, le dan gran realce.

Los estantes, bajos, sin pie, pegados al mismo suelo, contienen una gran cantidad de libros interesantes sobre artes, viajes, etc.

En el centro, una gran mesa contiene los libros editados hasta ahora por la Comisaría Regia del Turismo sobre Sevilla, Madrid y Granada.

En este salón se ofrecen a la contemplación de los visitantes cuadros de gran valor artístico, entre otros, «El niño de la espina», de Zurbarán; «La Virgen del Pajarito», del divino Morales; uno de Valdés Leal, una tabla representando a San Jerónimo, que se cree del siglo XVIII, de la escuela sevillana; una escultura de madera representando a María Magdalena, de Meana, y que es de las pocas obras que firmó el artista, y una Santa Ana, también escultura, de la escuela sevillana.

El único donativo recibido hasta ahora para la biblioteca de la Residencia es un libro, de un descendiente de Washington Irving, dedicado por éste a un nieto suyo en diciembre de 1858.

Es un libro de viajes, de los últimos que escribiera Washington Irving.

Próximas a la biblioteca hay dos habitaciones dedicadas a alcobas, que serán dos Exposiciones del mueble español. Los de una de ellas son del siglo XVIII, estilo barroco, y los de la otra, de talla de caoba, estilo isabelino.

Ambas alcobas tienen como complemento despachos contiguos.

Este piso está cerrado también por dos amplísimas terrazas, que ofrecen a la contemplación los mismos paisajes que el anterior.

El Club de señoras

En el piso final de la casa se ha instalado el Club de señoras.

Su instalación es un todo conforme al objeto que se le dedica, y en sus amplios salones el mobiliario es del mejor buen gusto.

Toda la Residencia tiene un carácter intermedio de exposición y museo, sin que claramente sea una cosa ni otra, para de este modo, y con vista a las exigencias del futuro, se la pueda fácilmente transformar como corresponda al mejor resultado que se obtenga.

J. M. S. R.

Sevilla, junio 1925.

Literatura

Aguafuertes madrileños

Viejos rincones

Un estatuario de la Bética, cuyo palillo es plectro epopeyizador del barro de Castilla, es el Virgilio que nos conduce a través del infierno de piedra del viejo Madrid, en la noche de junio.

Sobre el lienzo del cielo, impregnado de plenilunario lapislázuli, la mano del tiempo dibuja la gótica Torre de los Lujanes, pétreo poema del pasado, donde aún vaga prisionero de la evocación el espectro de Francisco I de Francia.

Bajo la frente de la atalaya, en la faz rugosa, se abre un balcón, se descorre el párpado del ojo flamígero del ciclope de sillares y se contornea a contraluz una mujer joven, interesantísima de misterio, prestigiada de recordación. Creemos que es el alma del pasado, que se asoma a la noche por el ojo del ciclope.

En la tela de la penumbra, la Casa de la Villa esbózase como una pintura del Renacimiento, semiborrada por la mano de los siglos. ¡Oh, el sugerente encanto de la plaza de la Villa! En el centro de ella, como banda en el pecho, el bronce de Don Alvaró de Bazán sugiere gestas náuticas, y en el mar de la noche diseñase el friso de las galeras, cuyas alas bélicas infla un viento de gloria.

Y por el lomo de una calle pina, navegando en las sombras, bajamos de la epopeya a la mística.

Leemos sobre la frente de una puerta cerrada, esculpido en la piedra: «Esta fué la casa solar de Ibán de Bar-

gas, al cual sirvió como criado el glorioso San Isidro.»

El elocuente laconismo de esta inscripción despierta en nuestra memoria todo un mundo de fe, toda una edad de éxtasis.

Con el alma llena de sueños, agobiada de ritmo interior, subimos una cuesta empedrada, donde nace la hierba, que nos rememora los viejos rincones de Sevilla, de Toledo y de Córdoba; circundamos en un abrazo de contemplación la vetustez huraña de la iglesia de San Pedro, cerrada a la noche, para abrirse al misterio ancestral y al hechizo de la hora, como ascética flor del jardín de las tradiciones. Por un postigo de arcaico romance, una vieja entraba en la sacristía. Era el alma de la iglesia, que volvía al cuerpo, después de vagar por la noche...

Un pálido alminar, evocador de muertas centurias, recortaba su mole en campos de luna, y parecía grabado en la plancha de acero del espacio.

En la plaza desierta, «el cascabel del grillo» glosaba la paz de la alta noche, y el viento agitaba los multibráceos fantasmas de los árboles, que velaban la hora.

La calle del Toro subía con sus escalones a la gruta del recuerdo.

Se asomaba al reposo el templo de San Andrés, santuario del genio de Berruguete, flamigerador de la recidumbre de la raza.

Y más templos renacientes renacían en la curva de lo desconocido. Sus estriados fustes, en el garbo de la eurytmia, y sus corintios capiteles, eran floridos troncos de encantados bosques.

Y emergía el contraste: la calle de la Esgrima, manecía del viejo Madrid, Compás de la Laguna de esta Cosmópolis de nuestro siglo. Desmedradas taifas, escuálidas coimas, alimañas del vicio en la paz de la noche, pululaban por el arroyo, surgían de las puertas como de sepulcros, se asomaban a las chatas ventanas, esperaban

en las esquinas, acechaban en las sombras, menos sombrías que sus corazones. Eran aguafuertes goyescos, que se grababan en la inquietud morbosa que ronda al pecado. Y surgían las viejas alcahuetas, las brujas de la corrupción, de la complicidad y del encubrimiento, las biznietas de aquella Celestina inmortal de Fernando Rojas, y de las emplumadas del ascético siglo; nietas de las viejas de «Los Caprichos» e hijas de la Brigida zorriillesca.

Desembocamos en la calle de Lavapiés, teatro del sainete castizo, y la Casa de los Arcos surgía llena de lembración de Arte. En ella es popular creencia que Goya pintó ese madrigal de medias tintas y finura de líneas que se llama «La Maja Desnuda», emulando con su pincel la péñola de Gutierre de Cetina.

Habíamos vagado por el viejo Madrid, en alas de la noche y de la poesía de la sugerencia.

Los faroles de los guardas nocturnos eran linternas de corchetes y errantes luciérnagas; las abiertas buhardillas, alucinantes ojos de flamígero mónstruo del espacio.

En el corazón de la vieja ciudad y en la violencia de una costanilla, una taberna antigua—linterna de Baco—proyectaba en el despeñante raudal de sombras un torrente de luz, y otro de armonía que salía por su boca nos estremecía el corazón en nostalgia materna. Una orquesta de guitarras lloraba la copla de Granada. Andalucía vibraba en el cordaje, y llorábamos hacia dentro con los ojos del alma. Era la voz de aquellas vihuelas la vara mágica, moiséica, que, hiriendo la roca de nuestro pecho, hacía brotar de él las aguas vivas del patrio sentimiento, el fluyente riel del amor al terruño. Y el alma se llenaba de claveles y de rosas; en el jardín interno brotaban las flores del amor filial. Mariposas del beticismo, entrábamos en la taberna atraídos por la hoguera de la música hermana, para hacer honor a la tierra del Gran Capitán, en el líquido sol fragante de sus viñas.

Sedentes tabernarios de castizas testas escuchaban, expectantes, y bebían rojos vinos, cual de líquidas brasas. Quizá en esta tasca sorprendiera Don Diego los modelos de su lienzo inmortal.

Y llenos de Andalucía, nos devolvimos a estas viejas calles de la noche y del tiempo, donde aún vaga la sombra racial del Fénix de los Ingenios, y herida por las argénteas lanzas de la luna resplandece la tizona del Caballero de la Torre de Juan Abad, en el misterio de la encrucijada, o al pie de la Cruz de Piedra, albeante en la noche.

Y en las viejas posadas de la Cava repercutían los pasos de Cervantes como un eco de siglos.

Fernando de los Ríos G.

Madrid, 4 de junio de 1925.
